

¿Qué lugar ocupa la Historia en la ciencia política?

*Rafael Morales**

*El futuro es un refugio de la feroz competencia
de nuestros ancestros.
G.K. Chesterton*

Cada sociedad genera sus propios mitos, genios e imposturas. Ya Chesterton criticaba a la Inglaterra de los albores del siglo xx por el interés desmedido en averiguar lo que vendría, por tratar de escribir la historia del mañana, por cortejar al futuro. Para el incisivo ensayista el culto por las visiones futuristas de la sociedad no era más que una extravagancia de la sociedad en que vivió, no más que el resultado de la falta de fuerzas y el miedo con el que aquella se asomaba al pasado. Curiosamente, en el estudio contemporáneo de la política prima una manía similar a la sociedad inglesa de la que Chesterton hablaba: aunque se reconoce la necesidad de incluir a la historia como parte esencial del conocimiento de lo político, hay una especie de temor por el que pocos, o casi nadie dentro de la disciplina ha sistematizado un tratamiento sobre la historia para el establecimiento de teorías que guíen la investigación. A pesar de que en las últimas décadas ha surgido un renovado interés por discutir la generación de nuevas estrategias metodológicas, la revisión histórica no aparece como una alternativa para generar hipótesis sobre las cuales apoyar el carácter probatorio de la ciencia política. Sólo recientemente, con el renacimiento del

* Politólogo, profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.

marxismo, la historia ha vuelto a ocupar un espacio en el ámbito de las ciencias sociales, pero sin que los estudiosos se hayan ocupado de ella como una herramienta para la formulación de los problemas de hoy.

En el pasado, los precursores de la ciencia política como Maquiavelo (1469-1527) no sólo llegaron a definir un objeto de estudio independiente, sino a despuntar lo que sería un método indispensable: el uso de la historia, para solucionar problemas del presente. Otros como Mosca (1858-1941), en su búsqueda por probar la existencia de una “fórmula”, una base de apoyo inherente a toda clase política en una sociedad, también dieron importancia destacada al estudio de la historia y a la concreción de un método histórico como parte del desarrollo de una ciencia de la política. No obstante la gran importancia otorgada por estos autores, hoy todavía no se reconoce como necesaria la convergencia entre historia y política. En contraste con otras etapas del desarrollo de la disciplina, es notorio que nos encontramos en mejores condiciones para plantear los problemas teórico-metodológicos que este campo del conocimiento demanda. De ahí que resulte paradójico, una vez reconocidas las enormes dificultades para construir una “ciencia política” (la disputa por los conceptos; el relato sin fin de la crítica a la crítica de tal o cual obra; el avance de otras disciplinas afines y su influencia en el campo de estudio político; la exigencia por elaborar teorías más modestas que logren describir y explicar una sociedad tan compleja como la que ya asoma al siglo XXI, y así) que esta área del conocimiento, como muchas otras en las ciencias sociales, busque autorredefinirse desde sus propios confines, evitando el diálogo con investigaciones vecinas.

La ciencia política requiere reanudar el diálogo con la historia. Por ello, una discusión sobre su importancia en la reflexión política no sólo es oportuna —en el contexto de teorías que pretenden reducir la política a simples conductas agregadas individuales—, sino también necesaria, para abogar a favor de nuevas teorías que ayuden a la sistematización de hipótesis y explicaciones científicas bajo un marco multidisciplinario. A partir de los trabajos de Theda Skocpol y Charles Tilly, así como de algunas ideas del historiador Fernand Braudel, intentaré llamar la atención sobre la importancia de la pluralidad del tiempo y del tiempo largo en la construcción de alternativas teóricas para el análisis politológico.

Una ciencia histórica

El fenómeno de lo político es una materia de estudio controvertida. Durante varias décadas fue posible hablar de una ciencia de la política debido al encuentro entre un modo autónomo de estudiarla —es decir, un método de conocimiento distinto de la

filosofía y la teoría— y un objeto de estudio visto en su autonomía —distinguido por una *forma de hacer* propia del dominio político (Sartori, 1992). Hoy, sin embargo, tal confluencia no se muestra tan evidente: una rápida revisión a un programa académico muestra una enorme variedad de teorías, enfoques y métodos dirigidos, presumiblemente, a construir un cuerpo de conocimientos coherente. Como nunca antes, la ciencia política atraviesa por un periodo de redefinición de su campo de conocimiento: una suerte de crisis de identidad por la falta de un acuerdo en torno a su objeto de estudio y a la inexistencia de una perspectiva de análisis dominante, lo que la ha llevado a una considerable fragmentación. De ahí que se mencione que la ciencia política (sus teorías, enfoques y métodos) se encuentre en un periodo de transición sobre sus propios fines (Easton, 1992). Esta encrucijada, no exclusiva de la politología, nos remite a reflexionar si es posible aún mantenerla como un estudio independiente o si, por el contrario, es preciso acentuar sus relaciones con otras ciencias o métodos de adquisición del conocimiento (no olvidando que para algunas resulta muy atractivo limitar o subsumir a la política, ya sea como mero factor contextual o reduciéndola al estudio de los intercambios y las negociaciones entre intereses divergentes) (March y Olsen, 1997).

Justamente, a partir de la segunda mitad del siglo xx, la búsqueda de una metodología general fue una de las principales motivaciones para las ciencias sociales. La revolución conductista permitió que distintas disciplinas sociales adoptaran un conjunto de medidas orientadas a la cuantificación y la matematización con el fin de imprimirles un carácter más formal. Sin embargo, el conductivismo en el estudio de la política parece haber dejado más dudas que respuestas. Partiendo del interés de conformar un conocimiento mensurable, acumulativo y aplicable, se reconocía implícitamente la existencia de una ciencia empírica “pura”, basada en los hechos, comprobable, con capacidad para establecer previsiones. Pero, y a despecho de los análisis economicistas de la política, no existe una ciencia empíricamente pura, pues cualquier campo del conocimiento que busque describir y explicar la realidad requiere de teorías o leyes que luego deben corroborarse a través de métodos científicos (Suárez-Íñiguez, 2000).

Lo valioso —como otros han mencionado— no es debatir si la ciencia política debe ser más positiva o no. Lo significativo, aquí agregaría, es cómo plantear una estrategia de investigación para encontrar grandes regularidades, generalizaciones condicionadas a la manera del *si... entonces...* y que vienen a representar las leyes para las ciencias sociales; o de otra forma, cómo elaborar teorías capaces de *explicar* procesos macropolíticos —la crisis del presidencialismo en América Latina, por ejemplo— para luego proponer soluciones a problemas prácticos —de rediseño constitucional, en su caso. Es justo decir que aun cuando la ciencia política tiene todas las características de una ciencia empírica (construcción de conceptos operativos,

elaboración de un lenguaje especializado, búsqueda de la verdad, etc.) adolece de un método *inherente* a la naturaleza de su objeto de estudio, que puede contener procedimientos y técnicas de control para conocer la realidad política. Estos procedimientos y técnicas de control son los que la distinguen del resto de las ciencias de tipo empírico y lo que constituye, a mi parecer, su reto principal.

Como se mencionó, para que una teoría sea considerada científica debe corroborarse. Se ha dicho que los métodos disponibles de comprobación para los estudiosos de la política son cuatro: 1) el experimental; 2) el estadístico; 3) el comparado, y 4) el método histórico (Sartori, 1992). Sin lugar a dudas ya se ha mencionado bastante sobre los dos primeros y no es el momento para redundar en ellos.¹ Así, el método comparado y el histórico aparecen como los más adecuados para la comprobación de las teorías científicas. Sobre el primero existe una amplia literatura, en constante crecimiento, debido sencillamente a su utilidad para la ordenación analítica, la formación de conceptos y, sobre todo, como una forma de control de generalizaciones (hipótesis) y construcción de teorías (Sartori, 1992; Collier, 1994). Incluso, la combinación entre el método comparado y el método histórico ha sido una de las confluencias más significativas de las ciencias sociales en los últimos años; prueba de ello son trabajos como *Social Origins of Dictatorship and Democracy*, de Barrington Moore, Jr., y *States and Social Revolutions*, de Theda Skocpol, que han demostrado su utilidad como análisis históricos comparados en la generación de explicaciones de fenómenos macrohistóricos y como solución al problema de un “N pequeño”, o análisis de pocos casos, muy discutido en la política comparada (Collier, 1994).

Finalmente, el método histórico, que se ubica por lo general como un método débil, recuperado con fuerza por la sociología (Moore, 1973; Skocpol, 1984; Tilly, 1996) y recientemente por el nuevo institucionalismo (Thelen y Steinmo, 1992) no parece encontrar un espacio cómodo en la ciencia política. Aunque algunos autores le conceden cierta importancia, ha sido desdeñado por no contar con criterios “suficientes” para ser considerado como método autónomo de control de hipótesis (Bartolini, 1991). Volveremos a este punto más tarde. Por ahora conviene discutir otra cuestión de tanto o mayor importancia: que la ciencia política ha desestimado a la historia como

¹ Aunque el propio Sartori (1992) explica brevemente por qué el método experimental es inaccesible, vale comentar que la experimentación en el sentido formal de la ciencia es la capacidad del investigador para manipular directamente los estados de las variables permitiendo controlar su creación, lo cual facilita establecer sus relaciones de causalidad (Bartolini, 1991). La estadística, por su parte, reitera la necesidad de una teoría orientadora: ¿Qué queremos que los números nos digan? La respuesta está en función de nuestras hipótesis de trabajo. De cualquier forma aquí no se discutirá la metodología como un problema de técnica, sino como un problema general de la investigación política.

fuentes de conocimiento teórico debido esencialmente a que no ha sido considerada como una ciencia histórica. Se ha dicho ya que no hay un acuerdo claro sobre el objeto de estudio de la política, que no es posible en este momento delimitar un objeto único de estudio; ¿qué podría entonces permitirnos explicar la naturaleza del fenómeno político?

Algunos estudiosos manifestaron los inconvenientes de estudiar científicamente a la política, puesto que trata de fenómenos en constante formación, en un eterno proceso de devenir. Para Mannheim existía una diferencia determinante entre los asuntos rutinarios del Estado (lo ya hecho, los procedimientos administrativos que dictan qué hacer, cómo y cuándo) contra el fluir constante de la política, que genera situaciones únicas e irrepetibles: la incertidumbre, pues, de un mundo no racionalizado (Mannheim, 1936). En contraste con esta visión, otros han señalado que sí es posible un estudio científico de la política, específicamente por el carácter histórico de sus hechos o fenómenos. Para Córdova la ciencia política moderna surge como el estudio del Estado y, a diferencia de Mannheim, observa a la política como algo hecho, por lo cual advierte la imposibilidad de discutir un método para la ciencia política sin que antes no se reconozca que, como estudio del Estado, se trata de un objeto formado históricamente: "...nace, se desarrolla y eventualmente desaparece en la historia; es un desarrollo histórico" (Córdova, 1988: 9). De ahí que la ciencia no pueda inventar a su objeto, ni influir en el de forma inmediata, tan sólo seguirlo en su desarrollo.

En perspectiva y de acuerdo con la crisis de identidad que atraviesa la ciencia política, nadie puede aducir que el objeto tradicional de estudio siga siendo el Estado (aunque su discusión resurja otra vez, luego de su desplazamiento por parte de la teoría del sistema político). No obstante, sea cual sea la definición de su objeto de análisis —el Estado-Nación, la cultura política o los regímenes de gobiernos, por citar sólo algunos temas— puede acordarse con Córdova que todos surgen a lo largo del tiempo, como resultado de amplios procesos históricos, de larga duración. Así entonces puede convenirse que aun cuando la política carezca de una visión dominante de conocimiento, hay un método *inherente* a la naturaleza de su objeto de estudio, que es histórico. Ahora abordaremos el papel que ocupa la historia en las distintas fases del proceso de investigación política y su capacidad como generador y verificador de generalizaciones.

Una revaloración

Volvamos al asunto sobre la supuesta ausencia de autonomía del método histórico que le regatea, se presume, su papel para verificar si una generalización o hipótesis

es falsa o verdadera. Se ha dicho aquí que para que un cuerpo de conocimientos tenga el grado de ciencia debe ser capaz de someter sus resultados a la comprobación: si una teoría científica no puede *explicar* la realidad —o aportar respuestas prácticas a cierta problemática— entonces debe ser desechada. ¿La historia puede ser útil a los fines probatorios y de aplicación de la ciencia? De manera provisional puede afirmarse que sí, pero se debe revisar antes lo que para algunos especialistas son limitantes infranqueables. Por ejemplo, en el muy útil *Método y lógica de las ciencias sociales*, Sartori señala como un imperativo el uso de la historia para el politólogo, pues representa un cúmulo de experiencias de las cuales extraer “confirmaciones o desmentidos”. Si ello es así, entonces debiera existir un tratamiento, un *cómo* dirigido a utilizar el material histórico para fines de control, por eso al politólogo “...le interesa únicamente el control histórico, vale decir, un tratamiento de la historia apropiado para comprobar las leyes o para generar hipótesis generalizadoras” (Sartori, 1992: 263).

Hasta aquí nadie podría estar en desacuerdo con en el papel de la historia dentro del proceso de investigación. Sin embargo, Sartori señala lo que a su parecer son dos objeciones “insalvables” para utilizar la historia como método de control científico. La primera se refiere a la temporalidad, pues al aplicarse en términos diacrónicos, en tiempos históricos diferentes, se dificulta la “paridad de condiciones” necesaria en el acto de comparar. Desde luego, si Sartori asume implícitamente que el método histórico es débil porque dificulta la comparación, entonces no hay por qué pedirle autonomía “para comprobar leyes o hipótesis generalizadoras” cuando se le encamina exclusivamente a complementar otros métodos. Tampoco la “paridad de condiciones” es una condición indispensable para la generación y control de hipótesis. En la historia comparada Theda Skocpol demostró, en su estudio sobre las revoluciones sociales en Francia, Rusia y China, que aun cuando acontecimientos escasos, ocurridos “de una manera muy particular, en un medio único de circunstancias de estructura social e internacional”, pueden desarrollarse explicaciones históricamente válidas en tanto dichos acontecimientos pertenecen a macrounidades, como la formación del Estado, y encontrar así pautas causales similares (Skocpol, 1984, introducción).

Además Sartori endilga al “método histórico”, como un segundo inconveniente, la dificultad para la obtención de los datos, pues a diferencia del método comparado que contrasta unidades en el presente con información disponible o potencialmente disponible, un análisis diacrónico conlleva el riesgo de no encontrar los datos necesarios, datos limitados por la existencia física o no de los documentos históricos. Supongamos por un momento que el politólogo tuviese que recurrir a la investigación historiográfica (cosa que no le compete, sino al historiador) para verificar (cierto o falso) una generalización del tipo “el presidencialismo latinoamericano es propenso a la crisis”. Es

obvio que no tendría que extender su búsqueda a tiempos inmemoriales, donde la información resultase escasa, tan sólo a las experiencias de formación del Estado en las excolonias hispanas, que dan cuenta de los problemas de origen del presidencialismo, que dan forma hasta hoy a sus características institucionales (Nohlen y Fernández, 1998). Opino que dejemos a los historiadores preocuparse por el asunto de la información básica (ya bastante han ganado al superar una historia tipo Ranke). Por lo demás, deben utilizarse aquellas áreas que han sido suficientemente investigadas.

No basta con reconocer que la historia puede comprobar leyes o generar hipótesis. Cuando se asume una concepción *no histórica* de la ciencia política (entender la transformación de un régimen político como el presidencialismo desde el presente, bajo la “paridad de condiciones”) desde luego que una estrategia diacrónica se vuelve problemática. Así, tal posición llega a resultar cómoda: invita al investigador a creer que un análisis de base histórica representa riesgos (en tiempo y recursos) que bien pueden evitarse al analizar sólo el presente; y cuando acaso se le llega a utilizar se encajona como mera síntesis, dentro del apartado “antecedentes históricos”. Si los objetos que estudia la ciencia política son de naturaleza histórica debe discutirse bajo qué supuestos y criterios se elaboraría un método general. En tanto no se asuma a la historia como una extensión de otros métodos la tarea puede resultar, aparentemente, más sencilla. Pero la mayor parte de la literatura política acepta que el análisis comparado es un requisito *sine qua non* de la ciencia política, un método muy eficiente para evitar el etnocentrismo; de ahí que se pregunte

[...] ¿hasta qué punto el método histórico sirve y tiene su propia autonomía como *método de control* de las hipótesis?

En sentido general, el control histórico tiene esta función. Es mejor apoyar con ejemplos de casos históricos las propias hipótesis que no hacerlo. Sin embargo, cuando se va más allá de esta definición mínima de control, el método histórico muestra sus debilidades, que, para ser superadas, nos llevan inevitablemente a la lógica del método comparado. El método histórico extrae los casos de la experiencia histórica y es, por tanto, una manera de ampliar el número de observaciones a lo largo de una dimensión diacrónica. Sin embargo, dado que nadie aceptaría como método de control una elección de casos históricos hecha casualmente o con criterios no explícitos —incluso escogiendo aquellos casos que más convienen a las propias hipótesis y dejando a un lado los otros—, también en este método nos volvemos a encontrar con el problema del criterio que se sigue para la elección de los casos [...].

Como conclusión, el método histórico, que es tan fecundo desde la perspectiva de la formación de hipótesis, no parece tan riguroso desde la del control. Para que ese control se realice como método se tiene que recurrir completamente a la lógica del control comparado y en condiciones particularmente difíciles (Bartolini, 1991: 70).

Este ejemplo basta para apreciar qué lugar ocupa la historia en la ciencia política. Al relegarla a tareas inocuas —a la mera ampliación de las observaciones, por ejemplo— es obvio cómo el tratamiento histórico “inevitablemente” debe acudir a los criterios (¿generales?) del método comparado. Planteado así, es una trampa. Y más que su autonomía, me parece conveniente señalar que tal como el método comparado la historia es también una especialización más del método científico (Sartori, 1992). Por eso ni se hace más ciencia historizando ni se deja de hacer si la historia está ausente. No obstante, sostengo que el método histórico —uno basado en la idea de la larga duración— puede ser el punto de apoyo más fuerte para la elaboración y control de hipótesis causales y explicativas.

Lo que al politólogo le toca es trabajar con las aportaciones historiográficas disponibles, no con las fuentes directas: le corresponde revisar sistemáticamente la literatura proporcionada por los historiadores (que para ciertos temas puede ser enorme). Su verdadero reto es poder balancear los materiales de los especialistas para conformar argumentos históricos coherentes, tomando en cuenta los puntos que ellos resaltan y adaptando a la investigación aquellos datos a los que no se otorga tanta importancia en suma, como para el historiador comparativo, su labor

[...] no estriba en revelar nuevos datos acerca de aspectos particulares de los diversos periodos y lugares analizados en el estudio comparativo, sino, antes bien, en establecer el interés y la validez *prima facie* de un argumento general acerca de las regularidades causales, a través de los diversos casos históricos. El “comparativista” no tiene ni el tiempo ni (todas) las capacidades apropiadas para efectuar la investigación básica que necesariamente constituye, en gran medida, el fundamento sobre el cual se edifican los estudios de historia comparada. En cambio, el “comparativista” debe concentrarse en escudriñar y revisar sistemáticamente las publicaciones de los especialistas que tratan de los asuntos definidos como importantes, por las consideraciones teóricas y por la lógica del análisis comparativo [...] Claro está que la labor del “comparativista” sólo es posible *después* de que los especialistas han puesto a su disposición una gran literatura básica. Sólo entonces puede tener esperanzas de encontrar al menos cierto material pertinente a cada tema, que debe investigarse según los dictados del argumento comparativo y explicativo que esté tratando de desarrollar (Skocpol, 1984:13).

Como se observa, pueden retomarse algunos criterios mínimos para conformar un tratamiento histórico para los fines del análisis político. Los progresos en la historiografía y en métodos usados para las grandes comparaciones, revelan las enormes ventajas de *historizar* al estudio de la política. Lo fundamental es discutir el establecimiento del “interés y validez” de una hipótesis de la que habla Skocpol. Ahora bien, no es que se busque un método histórico autónomo, aparte, como lo sería el método

estadístico o el comparado; la política por sí misma contiene un enfoque histórico: es su método natural. Si no, ¿cómo explicar los conflictos políticos en sociedades atravesadas por agudas divisiones étnicas, religiosas o lingüísticas? Al politólogo, en el análisis coyuntural, se le presenta recurrentemente la cuestión de explicar las causas del sometimiento, la violencia o la rebelión, para lo cual debe responder a la pregunta “¿Cómo es que llegó a ser así?” En un primer momento, el material histórico sirve para formular teorías políticas del tipo: “El terrorismo es producto de la decadencia moral”, “La estabilidad de la democracia depende de la cultura política” o “La globalización conlleva al eclipse del Estado-Nación” que *explican* el porqué de la violencia, la permanencia de los regímenes políticos o la desterritorialización del Estado, etc. La ciencia política cumple su cometido cuando valida la teoría —conjunto de generalizaciones o hipótesis vinculadas formalmente— y la historia, en un segundo momento, prueba su capacidad como método de corroboración teórica siempre y cuando sus generalizaciones correspondan con la realidad: cuando los valores de un resultado esperado, previsto, son congruentes a los casos o fenómenos a los que se aplica (Bartolini, 1991:76).

Valorada su capacidad en el proceso de investigación —primero, a la hora de construir teorías (formulación de hipótesis) y, después, como verificador (control de hipótesis)— ahora debe preguntarse cuáles son los supuestos bajo los cuales un análisis de base histórica permite encontrar regularidades para establecer tendencias al cambio o a la continuidad de ciertos tipos de estructuras políticas.

La política y la larga duración

Hasta ahora se ha aducido que un tratamiento de la historia es útil a los fines probatorios de la ciencia política, por corresponder a la naturaleza de su(s) objeto(s) de estudio y permitir el establecimiento del “interés y validez” de una hipótesis o conjunto de hipótesis (teoría). Pero, ¿bajo qué postulados puede elaborarse un método con capacidad de control teórico? Buena parte de las críticas dirigidas a la revisión histórica señalan la carencia de criterios para la selección de casos o bien para la solución a la disparidad de condiciones. Y tales críticas, lógicas o no, pudieron blandirse en tanto se consideró a la política como una ciencia *implicitamente* comparativa, a partir de la cual el resto de los métodos de control debían girar. En adelante se tomará distancia de esta posición: sin negar el valor del método comparado, como una herramienta invaluable para adquirir y sistematizar el conocimiento, difiero en reducir un método a otro. Separar las premisas comparativas de las históricas allana la delimitación de sus objetivos y permite distinguir sus limitantes. Evitaré, pues, abogar por los

“comparativistas de largo periodo” poniendo atención a los supuestos metodológicos para un *análisis histórico-político*, ya para los estudios de caso o “N” casos en la ciencia política.

En el primer apartado de este trabajo se revisó la cuestión sobre la naturaleza científica de la política. Para Córdova, su objeto de estudio es eminentemente histórico. ¿Cómo seguir su desarrollo en el tiempo? Una primera coordenada proviene de una historia, llamada por Fernand Braudel como *de larga duración*: si los hechos del pasado se presentan como un constante fluir de acontecimientos, éstos deben discriminarse de aquellos hechos o formas de vida colectiva vinculados al tiempo de los hombres (de una vida) de los vinculados al tiempo de las sociedades (de siglos), para las cuales cien años o más apenas representan un cambio perceptible (Braudel, 1999). Grandes estructuras como el Estado-Nación, el mercado o algunas formas de pensamiento colectivo son, en efecto, obra de una historia de ondas largas, que rebasa por mucho los llamados ciclos (de tres, cuatro o más décadas). De ahí nace la pertinencia de elaborar un estudio sistemático de la historia de muy amplios periodos de tiempo. Este tipo de historia se conoce con el nombre de *historia estructural*, cuya característica primera es el rechazo a la proclividad de las periodizaciones, a los grandes “parteaguas” o rupturas, más interesada en la continuidad de los procesos históricos, de la *acontemporaneidad de lo contemporáneo* (von Beyme, 1994).

El enfoque estructural es resultado del antagonismo hacia un tipo de historia de corto aliento, presentada como una serie de sucesos en cascada, donde personajes, dramas y ceremonias dominan la escena del cambio, sea éste social, político, económico o geográfico. El *acontecimiento*, como medida de tiempo breve, ha sido el material acostumbrado para el historiador tradicional: un sinfín de hechos, de grandes sucesos que, bien conectados, pueden dar cuenta de la cadena causal del desarrollo, la prosperidad o la catástrofe. En el análisis político, por ejemplo, la visión no resulta ajena: es parte de la vieja usanza por explicar el curso de la historia como la suma de los grandes días de un presidente, de la elocuencia de sus discursos, sus hazañas, de la “biografía” del poder, para utilizar conocida frase. En general, los ciclos a los que acude el politólogo para realizar este tipo de historia política van de la mano con la delimitación de los periodos de gobierno, de las elecciones. Un ejemplo típico, sobre la comprensión de la política en Francia, dice: “La historia de las naciones democráticas contemporáneas ha sido, en buena medida, la historia de sus elecciones. En cada proceso electoral se determina el rumbo que cada país habrá de tomar durante los años venideros tanto en el terreno económico y político como en el social e internacional” (Aguirre, 1996: *xiii*).

Suponer que la mera adición de instantes electorales podría revelar *el* rumbo de una nación, resulta, al menos a simple vista, un tanto pretencioso. De hecho, se puede

identificar a éste enfoque como parte del bagaje intelectual heredado del siglo XIX, que veía en el cambio (político) un proceso general y coherente (Tilly, 1992, cap. 2). ¿Quién podría decir, por señalar otro aspecto, que el régimen político francés se explica tan sólo por la enmienda constitucional de 1962, a manos de De Gaulle? ¿No será que éste régimen, llamado usualmente semipresidencial, responde a una tendencia que va más allá de la V República? En todo caso, ¿hasta dónde hurgar para descubrir los procesos que transformaron al otrora parlamentarismo francés y que hoy explican su continuidad como régimen presidencial-parlamentario? Una historia de largo aliento se interesaría en responder a dichas cuestiones bajo el presupuesto de una mejor comprensión de las *grandes continuidades y tendencias al cambio estructural*. En ese sentido, para Braudel la historia debe tomar un campo social más extenso, las realidades sociales, entendidas como “todas las formas más amplias de la vida colectiva: las economías, las instituciones, las arquitecturas sociales y, por último (y sobre todo), las civilizaciones...” (Braudel, 1999:29). Una perspectiva de larga duración para una estructura institucional —la democracia parlamentaria, en su caso— tendría que arrojar evidencia suficiente, uniformidades significativas sobre las tendencias hacia una división de poderes cada vez más laxa, el debilitamiento de la asamblea como instancia de representación política y la inclinación a condensar poderosas capacidades políticas en la figura del presidente, etcétera.

Un enfoque que contrasta con el seguimiento de procesos amplios de la larga duración es el institucionalismo histórico. Como una variante más del llamado “nuevo institucionalismo”, éste enfoque se interesa en analizar a las instituciones como un marco de intermediación: un contexto institucional determinado que estructura la política, definiendo las estrategias y las metas de los actores (Thelen y Steinmo, 1992). Discutiendo con los seguidores de la elección racional, este institucionalismo explicaría cómo las luchas políticas se encuentran mediadas por marcos institucionales (generalmente, a un nivel intermedio, como el sistema de partidos y estructuras de interés económico) y cómo éstos dejan su huella en los resultados políticos. La formación de las estrategias y las preferencias no puede entenderse, presumen, sin antes decir algo sobre el contexto institucional. Sin embargo, el enfoque no puede hacer honor a su nombre: de “histórico” este institucionalismo no tiene nada. En realidad, el análisis de la historia se reduce, primero, a explicar qué es lo que los *actores políticos* intentan maximizar y por qué privilegian algunas metas sobre otras y, segundo, a entender el cambio institucional como el resultado de estrategias deliberadas, conflictos y elecciones políticas (Thelen y Steinmo, 1992:10). A este nivel la historia a la cual se acude es la de corto plazo, más adecuada para el análisis del comportamiento político, de supuestos teóricos más próximos a la idea de que el hombre hace la historia, aunque no sea en las circunstancias que él quiere.

Al hablar de instituciones políticas a nivel macrohistórico deberíamos referirnos, fundamentalmente al Estado, cuya formación se observa bajo la lente secular. Seguir su desarrollo como una gran estructura implica considerar amplios procesos que darían cuenta de la tenacidad de algunas instituciones o procesos particulares en el presente. La cultura política es quizá el ejemplo más acabado de cómo un estudio histórico de la estructuración y longevidad de una matriz estatal arroja información sobre la inmovilidad de un conjunto de creencias compartidas sobre la autoridad y el poder. Y fue la ausencia de una perspectiva histórica la que ha hechado por tierra uno de los esfuerzos comparativos más importantes de la ciencia política, como lo fue *The civic culture*, de Almond y Verba. No obstante, muchos de sus seguidores no dieron importancia a los desarrollos históricos —la construcción de la ciudadanía, por ejemplo— como obstáculos significativos para el análisis de las creencias globales de una nación, aun cuando algunos aceptaron que la cultura política es como un sedimento, semejante a las capas geológicas, que van guardando residuos de diferentes épocas históricas.

Como ya se mencionó, las generalizaciones del politólogo pueden respaldarse muy bien bajo un enfoque de larga duración de la historia. Más aún: sin la ayuda de una perspectiva histórica se vuelve imposible comprender las grandes estructuras y procesos que transforman al mundo contemporáneo (Tilly, 1996:16). Si se deseara atender el seguimiento secular de la conformación de las instituciones, como ejemplo de una gran estructura, éste debe corresponder a un nivel de análisis adecuado. Charles Tilly ofrece una guía metodológica que resulta de mucha utilidad para aquellos que estudian *grandes continuidades y tendencias al cambio estructural*. Aunque este diseño obedece a la necesidad de “encontrar condiciones lógicas para una comparación eficaz”, permite ubicar al politólogo a la hora de poner en práctica un tratamiento de la historia. Así, los niveles son:

1. Histórico mundial
2. Sistémico mundial
3. Macrohistórico
4. Microhistórico

El histórico mundial es un nivel encargado de “establecer las propiedades de una época” dentro de una gran corriente histórica (v.g., la caída de los imperios); al sistémico mundial atañe distinguir conexiones y variaciones entre grupos amplios de estructuras interdependientes (redes de intercambio); el nivel macrohistórico se encarga de responder por las grandes estructuras y procesos extensos y, finalmente, el microhistórico trata de la forma en que grupos e individuos se articulan con las

estructuras y procesos macrohistóricos y las consecuencias de dicha articulación (Tilly, 1996:82-86).

Un ancla para la construcción de la teoría es ubicar nuestro análisis de larga duración en el nivel macrohistórico. Justamente, en este nivel los Estados pueden ser objeto de análisis como unidades básicas, dentro de un sistema mundial determinado, donde pueden identificarse las regularidades históricas de las estructuras y los procesos. La identificación de tales regularidades deberían llevar a dar

[...] por supuesto que el tiempo y el espacio en el que surge una estructura o un proceso influyen en su carácter, que la secuencia dentro de la cual se producen sucesos similares tiene un fuerte impacto en sus resultados, y que el conocimiento existente sobre sus estructuras y procesos pasados es problemático, requiriendo, por tanto, una investigación sistemática por derecho propio, en lugar de sumarla inmediatamente a la síntesis de las ciencias sociales (Tilly, 1996:102).

Antes de analizar, a la hora en que el politólogo desea entender un conflicto en su coyuntura, es indispensable conocer la historia, no como un mero antecedente sino como un pilote sobre el cual apoyar sus generalizaciones. El resto de los pilares que sostienen a una investigación pueden ser otros métodos o técnicas. Basta saber que, hasta aquí, se tiene ya un conjunto de criterios o guías que, me parece, pueden ser de utilidad para el análisis político, como: 1) una concepción de la pluralidad del tiempo —un tiempo del mil velocidades— y del tiempo largo, la idea de una historia diferente de la que hace uso el periodista o el historiador tradicional; 2) un tratamiento de la historia que logre establecer el interés y validez —control— de un argumento general relativo a regularidades causales; 3) la comprensión de las grandes estructuras y los procesos amplios como claves para entender las transformaciones del mundo actual y sus alternativas, y 4) la ubicación del nivel de análisis, en este caso el macrohistórico, que permite usar como medida básica a grandes estructuras, como el Estado, facilitando la identificación de sus regularidades históricas.

Un diálogo necesario

Dada la complejidad de los procesos políticos y sociales que se viven en el mundo contemporáneo, no parece que las diversas disciplinas que componen a las ciencias sociales deseen continuar con el ánimo totalizante para entender la realidad. Las grandes teorías han abierto el paso a teorías más particularistas, con alcances mucho más definidos. Y, como en ninguna otra etapa de la ciencia, se requiere de un diálogo

interno, capaz de construir puentes de comunicación lo suficientemente fluidos para aceptar la influencia o la utilidad del progreso de las demás ciencias. La política tiene todavía mucho que aprender de los avances de la historiografía. Paradójicamente, quienes han empujado a la elaboración y refinamiento de un método de interpretación histórica como generador y verificador de hipótesis no han sido los historiadores sino los sociólogos comparativistas.

Las ciencias sociales en general han olvidado la idea de la *duración*. Es necesario al menos que la ciencia política vuelva a un análisis *historizado*, que le permita comprender los efectos que tuvo el tiempo largo en la formación de las grandes estructuras que hoy trata de explicar, incluso para resolver conflictos vinculados a formas ancestrales de explotación, pertenecientes a otros macroprocesos, como la formación del capitalismo en determinada región. La idea del tiempo largo no puede ser vista como una carga de trabajo. Reincidir en un tipo de historia basada en los acontecimientos abrevia explicaciones y trunca la comprensión del desarrollo de amplios procesos a grandes rupturas o parteaguas espectaculares. Por ello, una historia para la ciencia política debe ser incluida en las agendas de investigación y en los programas universitarios de metodología.

En suma, en este trabajo se ha intentado llamar la atención sobre las peculiaridades del estudio de lo político, su ubicación dentro del conjunto de las disciplinas vecinas y los métodos más acuciantes para la investigación. En general debe cuestionarse hasta dónde los fenómenos políticos pueden ser comprendidos bajo modelos racionales (a través de los análisis economicistas, de las teorías de juegos y de la elección racional), y qué es lo que nos ha dejado una concepción de un método científico *positivista*, cuando hay una gran cantidad de áreas de investigación que no los han incorporado, lo cual no va en demérito de la validez científica de sus conclusiones (Easton, 1992).

Si se logra sistematizar un tratamiento de la historia para la ciencia política, seguro que otros métodos y técnicas estarán ahí para robustecer la investigación. En ese sentido, todo lo que se haga para dar a la disciplina un carácter multidisciplinario, capaz de permitirle dialogar con otras áreas de estudio, debe ser bienvenido. Acuerdo con Chesterton en que pensar con exclusividad en el futuro es degradante; no lo es menos ver la política sin los ojos del pasado.

Bibliografía

- Bartolini, Stefano (1991), “Metodología de la investigación política”, en G. Pasquino, S. Bartolini, M. Cotta, *et al.*, *Manual de ciencia política*, Madrid, Alianza Universidad Textos, cap. 2, pp. 39-76.
- Braudel, Fernand (1999), *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza Editorial, 10a. reimp.
- Brinton, Crane, *Anatomía de la revolución*, México, FCE (varias ediciones).
- Chesterton, G. K., “El miedo al pasado”, *Este país*, núm. 118, enero 2001, pp. 1-5, sección Galaxia Gutenberg.
- Collier, David (1994), “El método comparativo: dos décadas de cambios”, en Giovanni Sartori y Leonardo Morlino (eds.), *La comparación en las ciencias sociales*, Madrid, Alianza Universidad, pp. 51-79.
- Córdova, Arnaldo (1988), “El método de la ciencia política”, *Cuadernos del Seminario de problemas científicos y filosóficos*, 1, Nueva época, UNAM.
- Duverger, Maurice, *Métodos de las ciencias sociales*, Madrid, Ariel, Col. Sociológica.
- Easton, David (1992), “Pasado y presente de la ciencia política”, en *Estudios políticos*, tercera época, núm. 11, julio-septiembre de pp. 83-103.
- Eckstein, Harry (1975), “Case study and theory in political science”, en Nelson Polsby y F. Greenstein (eds.), *Handbook of Political Science*, Addison-Wesley, vol. 7.
- Nohlen, Dieter y Mario Fernández (1998), “El presidencialismo latinoamericano: evolución y perspectivas”, en Nohlen y Fernández (eds.), *El presidencialismo renovado. Instituciones y cambio político en América Latina*, Caracas, Nueva Sociedad, 1ª. Ed., pp. 111-125.
- Mannheim, Karl (1993), *Ideología y utopía*, México, FCE (primera edición en alemán, 1936).
- March, James G. y Johan P. Olsen (1997), *El redescubrimiento de las instituciones*, México, FCE, 1997, 1a. edición en español.
- Moore, Barrington (1991), *Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia*, Barcelona, Ediciones Península, 3a. edición.
- Mosca, Gaetano (1995), *La clase política*, México, FCE, 2a. reimp. (Colección popular, núm. 260).
- Przeworski, Adam y Henry Tenue (1970), *The logic of comparative social inquiry*, Malabar, Fla., Krieger Publishing Co., caps. 1 y 2, pp. 17-46.
- Sartori, Giovanni (1992), *La política. Lógica y método en las ciencias sociales*, México, FCE, 2a. reimp.

- Sartori, G., y Leonardo Morlino (eds.) (1994), *La comparación en las ciencias sociales*, Madrid, Alianza Editorial.
- Skocpol, Theda (1984), *Los Estados y las revoluciones sociales*, México, FCE.
- Suárez-Iñiguez, Enrique, “Filosofía, teoría y ciencia política”, en *Estudios políticos*, quinta época, núm. 23, enero-abril, 2000, pp. 223-233.
- Thelen, Kathleen y Sven Steinmo (1992), “Historical institutionalism in comparative politics”, en Steinmo, Thelen y Longstreth, *Structuring Politics. Historical Institutionalism in Comparative Analysis*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 1-32.
- Tilly, Charles (1991), *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*, Madrid, Alianza Universidad.
- Von Beyme, Klaus (1994), *Teoría política del siglo xx. De la modernidad a la posmodernidad*, Madrid, Alianza Universidad.